

Convicciones y fuerzas reales
León Trotsky
5 de abril de 1923

(Versión al castellano desde “Convictions et forces réelles”, en *Les Cahiers du CERMTRI*, N° 70, septiembre de 1993, París, páginas 3-4, que reproducen desde el *Bulletin Communiste*, n° 17, del 26 de abril de 1923)

<i>Una pausa de la historia</i>	2
<i>La tarea esencial del 12º Congreso</i>	2
<i>Proletariado y campesinado</i>	2
<i>Exportación y política fiscal</i>	3

Desde el 15 de abril se celebra en Moscú el XII Congreso del Partido Comunista Ruso (bolchevique). L’Humanité ha publicado una serie de artículos de Boris Souvarine sobre las cuestiones debatidas en él. Publicamos aquí importantes extractos de un discurso pronunciado en Járkov por León Trotsky ante la Conferencia del Partido Comunista Ucraniano¹.

El proletariado de Europa, que en 1918-1919 se lanzaba espontáneamente al asalto de la burguesía, ha comenzado a preguntarse, entre sus grandes masas, sobre lo que le falta para la conquista del poder y la transformación social. Se han cruzado dos oleadas. La burguesía se ha sentido políticamente fortalecida, la clase obrera sufre un movimiento de reflujo, visible durante los tres últimos años.

Estos son los dos hechos de mayor importancia.

Marx nos enseñó que una clase no siempre sabe qué es. Una clase puede ser potente por su situación en la producción y no saberlo; una clase puede haber perdido ya la mitad o las tres cuartas partes de su potencia económica pero mantenerse todavía, gracias a su experiencia, por la inercia de las otras clases, por sus habituales métodos de gobierno. Tal es la situación que constatamos en Europa.

Tras la experiencia de 1918-1919, la burguesía se cree mucho más fuerte de lo que es en realidad pues no puede restaurar la vida económica, pues el declive del capitalismo continúa, pues las clases poseedoras no han encontrado otros métodos que los de la violencia, de la conquista y destrucción: ver el Ruhr. Ahora bien, una clase que no sabe dirigir la producción está condenada.

Por el contrario, tras la experiencia de 1918-1919, el proletariado, en su aplastante mayoría, se siente mucho más débil de lo que es en realidad. Igual que Rusia atravesó, antes de llegar al kerenskismo tambaleante, el período de vigor aparente de la autocracia encarnada por Stolypin, la Europa burguesa conoce hoy en día ilusiones semejantes. La clave de toda la situación política actual radica ahí: en la diferencia entre la situación, la fuerza objetiva de las masas, y la conciencia que éstas tienen de ello.

Los acontecimientos que se cumplen en Europa pueden todavía orientar a derecha la política oficial de los estados, hacia el monopolio imperialista de algunas camarillas extremas de la burguesía; pero ese movimiento profundizará aún más el abismo entre la burguesía y el proletariado, entre el estado burgués y las necesidades

¹ VII Conferencia de toda Ucrania del PC(b)U, Járkov, del 6 al 10 de abril de 1923. NdT.

elementales, fundamentales, de la vida económica de las naciones, preparando así la inevitable catástrofe revolucionaria.

Esta catástrofe se acerca en Occidente y en Oriente, cierto que más lentamente de lo que esperábamos en 1918. El tiempo juega en política un enorme papel. Está demostrado que los pueblos atrasados de Asia y el proletariado avanzado de Europa necesitan más tiempo para preparar la revolución de lo que nosotros creíamos. De ahí la necesidad de revisar nuestras tareas y nuestros métodos como lo hemos hecho en el 10º Congreso del PC ruso y en el 3er Congreso de la Internacional Comunista.

Una pausa de la historia

Pero si en Rusia no podemos recibir pronto la ayuda de la técnica francesa y alemana, es muy necesario que consagremos la mayor atención a las relaciones de fuerzas en nuestro país, al estado de la agricultura, a la resistencia y solvencia del campesino. De ahí la nueva política. ¿El año discurrido nos lleva a revisarla? No. El desplazamiento de las fuerzas (que comenzó con la derrota de los obreros italianos en septiembre de 1919 y continuó en 1920 con nuestra retirada de Varsovia, después, en 1921, con la derrota de la ofensiva prematura del proletariado alemán), ese desplazamiento de fuerzas que puso fin al primer impulso espontáneo de la revolución, no se ha modificado.

A menudo hemos llamado “tregua” al período que sigue al del comunismo de guerra, sirviéndonos de una palabra de Lenin. Esta tregua, que confiamos en que sea corta, parece tener que ser una pausa de la historia, y no sabemos todavía si pasarán meses o años antes de que finalice. Pero, innegablemente, no es más que un simple respiro, se trata de una época histórica.

La tarea esencial del 12º Congreso

A lo largo del sendero ruso tenemos que realizar un gran viaje en nuestra pobre carreta campesina. ¿Está en buen estado? ¿Aguantará? He ahí la cuestión esencial. Nuestras armas, nuestros procedimientos y métodos ¿aguantarán durante toda esta época? En primer lugar examinemos las relaciones entre la clase obrera y la clase campesina. Abarcan la cuestión de la producción pues nuestra industria reposa en nuestra economía rural; examinemos las relaciones entre la clase obrera y de las nacionalidades anteriormente oprimidas (esta sólo es en realidad una cuestión derivada de la primera), después las relaciones entre el partido y la clase obrera y, por fin, entre el partido y el mecanismo del estado que, en nosotros, es particularmente defectuoso. En realidad, todo absolutamente se reduce a las relaciones entre el proletariado y el campesinado.

Si la época de la *Nep* se prolonga, resultará de ello que sus peligros se multiplicarán y que sus problemas exigirán soluciones más adecuadas. De ahora en adelante tenemos que hablar no de nuevas medidas preventivas contra posibles peligros, sino de la regularización y sistematización de los métodos apropiados para la solución de las dificultades de la época.

Proletariado y campesinado

En sus recientes artículos consagrados a la *Inspección Obrera*, Lenin concluye en resumidas cuentas así: “marchad hacia delante pero no os desboquéis, recordad que en la nueva etapa mundial, en presencia de la *Nep* en el interior, nuestra industria y

nuestro estado no tienen otro apoyo más que la economía rural atrasada a la que sólo le pueden pedir recursos limitados”. ¿Cuáles? Aquí es preciso un detallado cálculo. Y los camaradas que, como Larin, sostienen que pedíamos demasiado poco a las masas campesinas, se equivocan sin lugar a dudas. No debemos pedir nada más al campesino que lo que realmente nos pueda dar. Tenemos que hacer de forma que sea el próximo año más rico que este año. Es una fórmula que él comprenderá y que, por eso mismo, debe estar en la base de nuestra política interior. Es profundamente diferente de la del comunismo de guerra. Entonces al campesino le pedíamos todo el excedente de lo necesario; ahora bien, sin excedente una empresa decae y cae. Hoy en día le decimos: el excedente es indispensable para la reanimación de tu empresa. Guárdalo. Pues sin reanimación de la agricultura no tendremos industria.

Sí, en esto somos “conciliadores”. Queremos que el proletariado se entienda con el campesinado. Así se ha resuelto en principio la cuestión cuantitativa del impuesto. Queda la de las modalidades de las retenciones. El agricultor vive con las estaciones, necesita calcular, prever, su trabajo. Si se ve ante una fiscalidad inestable o complicada, sufre por ello. Es necesario, pues, llegar a la unidad de las tasas e impuestos infinitamente variados. Simplificar el impuesto. Hacerlo inteligible al campesino y fácil de pagar. Establecer el equivalente en dinero del impuesto en naturaleza.

Exportación y política fiscal

Nuestra política fiscal es uno de los aspectos más importantes de las relaciones entre el proletariado y el campesinado. Pero a esta cuestión viene a añadirse la de la exportación. Si estamos todos de acuerdo en dejarle al campesino el excedente de su producción, debemos facilitarle los medios para realizarlo. En el mercado interior solamente no puede hacerlo, pues de ello resulta una escalofriante desproporción entre los precios de los productos de la agricultura y los de la industria. Esta desproporción no es una consecuencia del estado de nuestra industria sino más bien del aislamiento de nuestra agricultura, separada del mercado mundial. Lo que es preciso, pues, es facilitarle al campesino la posibilidad de vender una parte de su producción en el mercado mundial.

Entre nuestro campesino y el mercado extranjero ya no hay especuladores: de ahora en adelante está el estado soviético que asume el papel de intermediario. La simplificación y regularización de nuestra política fiscal tiene mucho que ver con la exportación del trigo ruso. Y el monopolio del comercio exterior, condición vital de la dictadura del proletariado, nos impone aquí la nacionalización, el plan único. No se puede vender y comprar siguiendo el azar. Nuestro comercio exterior debe armonizarse con el desarrollo de nuestra economía rural y tener en cuenta las crecientes posibilidades de exportación del trigo, como de la necesidad de defender nuestra industria. Pues somos resueltamente partidarios del proteccionismo socialista, sin el cual el capital extranjero saquearía nuestra industria.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es